

**FRANCISCO
RICO**

El sueño
del
humanismo

De Petrarca
a Erasmo

«Podrán tal vez, pasadas las tinieblas,
volver nuestros lejanos descendientes
al puro resplandor del siglo antiguo...
Resurgirán entonces los ingenios,
los ánimos despiertos, eminentes...»

FRANCESCO PETRARCA

ÍNDICE

PORTADA

Sin pretensiones de convencerte de nada...

PRÓLOGO

NOTA DE 2002

EL SUEÑO DEL HUMANISMO

Fue un sueño, porque vislumbró...

EXCURSOS

«LAUDES LITTERARUM». HUMANISMO Y DIGNIDAD
DEL HOMBRE EN LA ESPAÑA DEL RENACIMIENTO
LUCES Y SOMBRAS DE POLIZIANO HACIA 1525
(ERASMO, VIVES, BUDÉ)

NOTAS

CRÉDITOS

Gracias por adquirir este eBook

Visita Planetadelibros.com y descubre una nueva forma de disfrutar de la lectura

¡Regístrate y accede a contenidos exclusivos!

Primeros capítulos
Fragmentos de próximas publicaciones
Clubs de lectura con los autores
Concursos, sorteos y promociones
Participa en presentaciones de libros

Comparte tu opinión en la ficha del libro
y en nuestras redes sociales:



Explora

Descubre

Comparte

Sin pretensiones de convencerte de nada, sin ánimo siquiera de persuadirte de que sí es tema propio de caballeros, quería cuando menos argüir, Juan, que los mejores de entre ellos eran también compañeros tuyos. No porque llegue tarde renuncio a decírtelo.

PRÓLOGO

POCOS MOVIMIENTOS intelectuales han dejado huellas más hondas que el humanismo en las avenidas de la cultura europea; quizá ninguno de envergadura comparable es hoy tan pobremente conocido. Lorenzo Valla no tiene menor estatura y probablemente ejerció tanta influencia como, pongamos, Voltaire. Sin embargo, no se nos ocurra preguntarle por qué a un *historien des mentalités*... [*] No quiero decir que la noción de 'humanismo' no tenga curso corriente en muchos dominios. Por el contrario, *humanismo* y *humanista* son rótulos que uno encuentra a menudo en monografías y obras de conjunto sobre la literatura, la filosofía, el arte, la ciencia, la política o el derecho de la Edad Moderna. Pero me temo que con demasiada frecuencia el recurso a tales etiquetas está lejos de responder a una imagen adecuada de la realidad histórica.

Podemos echarle la culpa a las palabras. *Humanismo*, cierto, es voz tan joven, que ni siquiera ha cumplido los dos siglos: nació para designar un proyecto educativo del Diecinueve temprano y sólo después se aplicó retrospectivamente, tanteando, al marco de un Renacimiento entonces todavía poco explorado. De ese parto tardío y de esa utilización a *ritroso* le han quedado resabios difícilmente corregibles, una irrestañable querencia a teñirse de connotaciones contemporáneas e introducir en la descripción histórica resonancias de «l'esprit humain» o «la science de l'homme»

de la *Encyclopédie*, de los «derechos del hombre», los «valores humanos» o el «humanitarismo» de días aún más cercanos.[**]

Pero también podemos echarle la culpa a las cosas. El humanismo brotó de un ideal de renovación tan ambicioso y, en efecto, dio frutos tan varios, en tantos terrenos, que es comprensible que a veces se confunda el tronco con una rama o con un esqueje. Podemos contemplar la historia del humanismo como historia de la alta filología, para unas docenas de especialistas, o, bien de otro modo, como historia de la 'enseñanza general básica', poco menos que para las masas; como sólida escuela de pensamiento o como comportamiento superficial y hasta frívolo mimetismo, como fundamentalmente italiano o como fecundo sobre todo a este lado de los Alpes... Según la ocasión en que lo sorprendamos, podemos pintarlo estoico o aristotélico, popular o aristocrático, creador o erudito... Podemos incluso resolver por nuestra cuenta las contradicciones que desde el principio arrastró y preferirlo, por ejemplo, cuando descubre en los clásicos el sentido de la historia o bien cuando traiciona el sentido de la historia para vindicar a los clásicos. De todo ello y mucho más hay en los caminos del humanismo, desde los mismísimos comienzos; y, en definitiva, la etiqueta es de nuestros días y somos libres de ponérsela a quien nos parezca oportuno.

Con todo y con eso, caben pocas dudas de que cuando menos es lícito llamar *humanismo* a una tradición histórica perfectamente deslindable, a una línea de continuidad de hombres de letras que se transfieren ciertos saberes de unos a otros y se sienten herederos de un mismo legado y, por polémicamente que a menudo sea, también vinculados entre sí. Es la línea que de Petrarca lleva a Coluccio Salutati, a Crisoloras, a Leonardo Bruni, a Alberti, a Valla y a centenares de hombres oscuros. En un llamativo número de

casos, la sucesión directa de maestros y discípulos puede seguirse durante cerca de dos siglos desde la edad de Petrarca, «il primo il quale ebbe tanta grazia d'ingegno, che riconobbe e rivocò in luce l'antica leggiadria dello stilo perduto e spento». Que esa línea arranca de Petrarca, «reflorescentis eloquentiae princeps», y que sólo «post Petrarham emerserunt litterae», es convicción que comparten desde luego Bruni y Flavio Biondo igual que Erasmo, Luis Vives o Escalígero. De suerte que ni siquiera sería exagerado afirmar que el humanismo fue en muchos puntos el proceso de transmisión, desarrollo y revisión de las grandes lecciones de Petrarca.

De hecho, por ahí va en gran medida la perspectiva que adopto en el presente libro, donde, siguiendo el progreso, los meandros y las ramificaciones de esa línea de continuidad hubiera querido hacer justicia a cada episodio, a cada fenómeno singular, situándolo a la altura que le corresponde en el tiempo, pero también, y con hincapié, viéndolo siempre en el horizonte del grandioso destino que los pioneros soñaron para los renacidos *studia humanitatis*. En vez de proyectar sobre éstos las sugerencias que la palabra «humanismo» suscita en nuestros días, como tantas veces se ha hecho, yo he creído más revelador y más interesante procurar contemplarlos un poco con los ojos de los fundadores, preguntándome cómo se concretaban en los principales estadios y en las individualidades supremas el 'programa mínimo' y el 'programa máximo' que fueron gestándose en los orígenes del movimiento.

En cualquier caso, las páginas que siguen, pese a atenerse primordialmente a un diseño narrativo, no pretenden ofrecer un panorama completo ni cumplir el mismo papel que ninguna de las valiosas obras de consulta existentes sobre la materia, en especial para el dominio italiano: son sencillamente un ensayo de interpretación del humanismo

en tanto etapa esencial en la historia de la cultura europea, y, como tal ensayo, quisieran conseguir, en palabras de Adorno, que «la totalidad brille por un momento en cada rasgo... pero sin afirmar que la totalidad misma esté presente» necesariamente en cada una de las estampas escogidas.

Una estrategia no sé si afortunada me ha sugerido reservar para el final del ensayo, al par de capitulillos centrados en Erasmo, el tratamiento de algunos presupuestos del humanismo —por ejemplo, en el campo de la retórica— que examinados al principio del libro pienso que hubieran entorpecido la presentación de otros aspectos ahí más necesarios para conseguir el adecuado diseño de conjunto. Inserto donde va, creo que realza justamente el carácter recapitulativo que una semblanza de Erasmo —cuya trayectoria repite gran parte del itinerario previamente recorrido en Italia— por fuerza ha de tener en el marco de un intento de explicación del humanismo.[***]

Cumplo de mil amores la obligación de decir algunas palabras de gratitud. Francesco Bruni me pidió «venti o venticinque cartelle» sobre el humanismo para un volumen de la serie *L'Italia e la formazione della cultura europea* y tuvo la gentileza de querer imprimir las sesenta o setenta que fui enviándole, a golpe de fax, cuando la aparición de la obra parecía inminente. Como el proyecto, por fortuna, acabó por retrasarse un año entero, tuvo también la cortesía de aceptar en segunda instancia un texto más acorde con el encargo primitivo y dejarme en libertad de rehacer a mi conveniencia el que en su momento le había entregado.

Giuseppe Billanovich, mi querido maestro, acogió esa nueva versión, la que ahora se publica, con una aprobación que yo le agradezco como si fuera de verdad, y no otra

prueba de su generoso cariño. En San Gimignano, por invitación y con la grata hospitalidad de Roberto Cardini y Mariangela Regoliosi, leí las secciones IV y VI como parte de un seminario del Centro di Studi sul Classicismo y me beneficié de los estimulantes comentarios de Domenico De Robertis, Donatella Coppini y Armando Balduino. Silvia Rizzo, a su vez, sometió mi original a un útil y bondadoso expurgo. A Rino Avesani, Maria Grazia Blasio, Vincenzo Fera, Mirella Ferrari, Tino Foffano, Nicholas Mann, Alfredo Stussi y Gema Vallín debo observaciones y ayudas bibliográficas sin las cuales estas páginas serían todavía más pobres.

Mientras las escribía, en cualquier caso, había pensado yo que podían prestar algún servicio a quienes en los estudios que les son propios con frecuencia tropiezan con los nombres y los libros de un Petrarca, un Valla o un Poliziano, y no siempre aciertan a enhebrar el hilo que los une, la secuencia que los articula; había fantaseado que mi óptica de gran angular podía incluso ofrecer ciertas sugerencias de interés para los especialistas que, legítimamente, escudriñan el humanismo desde puntos de vista más monográficos; pero confieso que muchas veces me ilusionaba sobre todo con otro destinatario ideal, que sin duda iba a despellarme con objeciones tan pertinentes como inesperadas, pero que, fuera como fuese, podía apreciar el libro y convertirlo en la espléndida *conversation piece* de una madrugada más. A esa sombra inolvidable va dedicado ahora *El sueño del humanismo*.

NOTA DE 2002

EN RELACIÓN con la primera (Madrid, Alianza Editorial, 1993, y varias reimpresiones hasta 1997), la presente edición introduce sustancialmente las mismas adiciones ya incorporadas a la traducción italiana (al cuidado de G. M. Cappelli; Turín, Einaudi, 1998)[*] y luego ampliadas en la francesa (París, Les Belles Lettres, 2002) y en la japonesa (Iwanami Shoten, Tokio, en prensa).

En concreto, aparte pequeñas revisiones de estilo, he añadido el segundo excursus,**] rehecho el preámbulo y agregado al texto media docena de párrafos que quisieran matizar o completar algunos aspectos que se me antojan de especial interés.

En la primera edición no pasé de identificar las citas más relevantes y mencionar unos cuantos estudios que tienen categoría de clásicos o que me habían sido particularmente reveladores y podían serlo para el lector. Tampoco en esta ocasión pretendo, de ningún modo, «dar la bibliografía», ni siquiera mínima, de los autores, obras o temas tratados, pero he procurado alegar un discreto número de libros y artículos recientes que, más por el conjunto que en el detalle, resulten orientadores para quien quiera conocer el estado actual de los trabajos sobre los principales puntos aquí abordados. Esas referencias nuevas se distinguirán normalmente por el *ahora* que las encabeza.

*En la provincia de Barcelona,
28 de julio de 2002*

EL SUEÑO DEL HUMANISMO

FUE UN SUEÑO, porque vislumbró el trazado de la ciudad ideal, pero le faltaron piedras y herramientas para construirla. La estirpe más ilustre del humanismo, la más rica en ideas (no en meras recetas), defendió siempre que el fundamento de toda la cultura debía buscarse en las artes del lenguaje, profundamente asimiladas merced a la frecuentación, el comentario y la imitación de los grandes autores de Roma y de Grecia; que la lengua y la literatura clásicas, dechados de claridad y belleza, habían de ser la puerta de entrada a cualquier doctrina o quehacer dignos de estima, y que la corrección y la elegancia del estilo, según el buen uso de los viejos maestros de la latinidad, constituían un requisito ineludible de toda tarea intelectual; que los *studia humanitatis* así concebidos, haciendo renacer la Antigüedad, lograrían alumbrar una nueva civilización. Fue un sueño, porque los medios no bastaban para alcanzar el fin: el proyecto sólo valía sobre el papel de los planos.

I

La más vibrante exhortación a hacer realidad ese sueño, a concretar la visión de un mundo nuevo reconstruido sobre la palabra antigua, se halla en los prólogos a las *Elegantiae* (hacia 1440) de Lorenzo Valla.^[1] La lengua de Ro-

ma —explica Valla— hizo las contribuciones más importantes al bien de la humanidad, «publicae [...] hominum utilitati ac saluti»: el latín educó a los pueblos en las artes liberales, les ofreció las mejores leyes, les abrió la senda «ad omnem sapientiam», ‘a todo tipo de sabiduría’, y, en fin, los liberó de la barbarie. El latín no se impuso a los bárbaros por la fuerza de las armas, sino a fuerza de bienes, por el poder del amor, de la amistad y de la paz («beneficiis, amore, concordia»). Porque en latín se hallan todas las ciencias y artes propias del hombre libre; y, así, cuando el latín florece, todos los saberes florecen, y, por el contrario, cuando el latín declina, declinan asimismo todos los saberes.

¿Cuál es la razón de esa conexión imprescindible entre la lengua y las restantes disciplinas? Ocurre, sencillamente, que los filósofos más penetrantes, los supremos oradores y jurisconsultos, los máximos expertos en todos los dominios han sido siempre los más preocupados por expresarse correcta y elegantemente, «ii... bene loquendi studiosissimi». Por eso, hoy, cuando hace ya muchos siglos que nadie ha hablado ni entendido el latín, están degradadas la filosofía, la jurisprudencia y, en breve, todas las materias que los antiguos, en cambio, habían puesto en las cimas más elevadas.

Dadas semejantes premisas, es obvio el remedio para tan dramático panorama: cultivando el latín, será fácil restituir a su antigua perfección todas las otras disciplinas. Todas, sí, porque sin las humanidades, «sine studiis humanitatis», es imposible conocer adecuadamente ninguna. La «eloquentia» es tan necesaria a quienes estudian derecho, civil o canónico, medicina o filosofía como a quienes trabajan en teología o en Sagrada Escritura. Los Padres de la Iglesia, los grandes maestros del pensamiento cristiano, por ejemplo, vistieron siempre con el oro de su elocuencia las piedras preciosas del lenguaje divino, y sólo quien sea ca-

paz de entender esa elocuencia entenderá también la palabra de Dios. «Et certe soli eloquentes [...] columnae Ecclesiae sunt», 'únicamente los buenos escritores han llegado a ser columnas de la Iglesia'.

Por fortuna, ya nos hallamos en el alba de una nueva edad: están empezando a resucitar la pintura, la escultura, la arquitectura, artes las tres emparentadas con las liberales y que, como éstas, decayeron juntamente con las letras, «cum litteris». Con un poco más de empeño, promete Valla, pronto se conseguirá restituir la lengua de Roma, «et cum ea disciplinas omnes», 'y con el latín todos los saberes'. Las *Elegantiae* llaman justamente a librar ese magno combate para reconquistar de los galos la Roma cautiva. Valla, Camilo redivivo, se propone ser el portaestandarte y tomar la parte más dura, en cabeza. Pero todos los Quirites, los hombres de letras, los amigos de la lengua de Roma («litteratos appello et romanae linguae cultores»), han de entrar en la batalla. «Certemus, quaeso, honestissimum hoc pulcherrimumque certamen»: 'combatamos, ea, el más noble y hermoso de los combates'.

El «certamen» a que Valla convoca no es simplemente un torneo literario, por más que literarias sean las armas: el rescate del latín supone toda una visión de la historia y pone en juego toda una civilización, de las leyes a las artes plásticas, de la medicina a la espiritualidad, sin desdeñar ninguna faceta que atañe 'al provecho y al bienestar general de la humanidad'. Como en todo «certamen», por otra parte, la victoria de un bando implica la derrota de otro. El triunfo de Camilo será el descalabro de los galos. Pero propiamente, por detrás de la evocación metafórica de la invasión de la Roma primitiva, ¿quiénes son los galos? La respuesta puede leerse, por ejemplo, en la encendida epístola que Francesco Petrarca dirigió a Urbano V en el año de 1368.[2]